

EL SENTIDO DE LA LIBERTAD EN LA DOCTRINA FALANGISTA

Los fabricantes de comprimidos ideológicos siempre han encontrado muy llevadera su labor. No ha existido época ni país donde las gentes, afanadas en sus quehaceres cotidianos, hayan dejado de buscar algunas recetas políticas de salvación que, sobre la marcha, proporcionasen una determinada y completa concepción de la vida, con la seguridad, implícita en la misma, de un despejado porvenir. Pero el "éxito de público" de todos esos drogueros de la política —incansables en expedir pequeñas fórmulas, cortadas frases, apretadas consignas que abarcan y curan cuanto pueda suceder sobre la faz del orbe— jamás se correspondió con aciertos reales, sino con descabros para los pueblos que cayeron en tal pecado de simplicidad. Vendíase por las ferias, hace un siglo, la felicidad liberal por unos céntimos; por el mismo precio mércase hoy el reactivo para desengañados. Y, sin embargo, las grandes concepciones políticas alientan tan profundamente, responden a problemas vivos, tan complejos, que su esencia y sentido escapan a los elaboradores de elixires o remedios maravillosos.

Creer que cuatro principios liberales podían volvernos a las delicias del Paraíso, perdido en los orígenes de los tiempos, ha sido una candidez de millones de seres trabajados por las propagandas demagógicas. Detener complacidos, ante la desilusión popular, nuestro juicio sobre cuanto el liberalismo significó en el desarrollo de las humanas posibilidades revelaría pura pereza mental.

Tras de cualquier esfuerzo serio y sostenido para mejorar la convivencia de los hombres, pulimentando la organización social, queda una aportación cultural definitiva. El liberalismo, si abrumba como sistema cuajado de abigarradas formas adjetivas, de calenturientos objetivos secundarios, de peregrinas aspiraciones parciales, lleva en sus entrañas una fuerza esencial única: la exaltación del hombre como portador de valores eternos. Resultan certeros, por ejemplo, los ataques de D. Félix Sardá y Salvany al liberalismo en una de sus numerosas desviaciones: "la absoluta soberanía del individuo con entera independencia de Dios y su autoridad". Mas esta condenable exageración señalada ¿no principia en un afán, después desorbitado, de valorar al hombre como tal hombre? ¿Qué nobles resultarían los vastos movimientos políticos que periódicamente conmueven a la Humanidad si se lograra mantenerlos fieles a sus razones esenciales, si se evitara que agitadores sin "sentido histórico" les convirtieran por la vía de "lo fácil" en monstruos contra natura! El propio Sardá recoge, sin pretenderlo, las hondas fragancias que llevaron al liberalismo a manifestarse como una actitud política concreta, cuando dice: "De consiguiente, tampoco tiene que ver el ser liberal o no serlo, con el horror que todo hombre

debe profesar a la arbitrariedad y tiranía, con el deseo de igualdad civil entre todos los ciudadanos, salvo la eclesiástica inmunidad, y mucho menos con el espíritu de tolerancia y generosidad, que (en su debida acepción) no son sino virtudes cristianas" (1). Y viceversa, por esta tendencia al tópico que venimos destacando como azote que aniquila las fuentes de las magnas creaciones ideológicas, ahí quedan, en las páginas de la Historia, las extrañas reacciones de muchos americanos que, ante la unidad de conciencia católica que España legó a Hispanoamérica, creyeron, influidos por un liberalismo muy de circunstancias, que habíamos echado sobre sus pueblos un manchón, motivo permanente de difíciles situaciones en el camino del progreso. No querían ver que nuestro credo religioso era en sí mismo limitación de desenfrenos, cortapisa de poderosos, sostén de humildes y valedor permanente de los fueros de la personalidad. Lo esencial se les escapaba en aras de la "frase hecha" o del gesto desmelenado. Pero cincuenta años después los liberales americanos se sienten orgullosos de la órbita religiosa en que se mueven y leen con unción el Mensaje que en Navidad ha dirigido al orbe S. S. Pío XII y en el que su voz, elevada sobre los fragores de la contienda, señala como una de las causas de tantos males el hecho de que "la majestad y dignidad de la persona humana y de las sociedades particulares quedase herida; rebajada y suprimida por la idea de la fuerza que crea el derecho".

Parece difícil, por tanto, negar que al profundo impulso de imponer el respeto al hombre débese el

(1) *El Liberalismo es pecado*. Barcelona, 1884.

liberalismo como fuerza política. Las consecuencias prácticas del sistema liberal, esto es, sus conquistas, son antecedentes obligados, premisas inesquivables para las generaciones actuales. Cuando consideramos caducada la vigencia del liberalismo lo hacemos en función de sus propias razones de ser, siguiendo sus íntimos y esenciales anhelos, es decir, ante la incapacidad, demostrada en un momento dado de su proceso, para satisfacer sus propias exigencias de defender al hombre como tal hombre, pero nunca porque estemos mejor y más justo cuanto nos ofrecía el orden social anterior a la Revolución francesa. Es Mussolini quien mantiene que "la negación fascista del socialismo, democracia y liberalismo, no deben hacer creer que el fascismo desea volver el mundo a lo que era antes de 1789. señalado como el año de la apertura del siglo demoliberal. No se vuelve atrás. La doctrina fascista no ha elegido como profeta suyo a De Maistre. El fascismo, de las doctrinas liberales, socialista, democráticas, recoge aquellos elementos que tienen todavía un valor de vida. Conserva cuanto puede denominarse hechos incorporados a la historia, rechaza todo lo demás, o sea no admite el concepto de una doctrina buena para todos los tiempos y para todos los pueblos" (2). En efecto, *non si torna indietro*, y las ventajas conseguidas por el liberalismo son tantas en nuestras manos, posibilidades aumentadas para nuestros espíritus. ¿Por qué no aceptar que muchos frutos recogémosles de árboles plantados por nuestros abuelos? ¿Callamos acaso que muchas de nuestras angustias son cosecha

(2) *Enciclopedia italiana Treccani*, vol. XIV, 1932. Véase palabra "Fascismo".

de yerros paternos? "Vendrá el tiempo en el que los grandes gestos y las obras grandes que ahora tenemos en nuestra memoria serán olvidados, como nosotros hemos olvidado los gestos y las obras, no menos grandes, de los seres genialísimos que crearon esto que llamamos vida humana. Serán olvidados porque el documento del progreso está en el olvido, es decir, en el vaciarse un hecho en el nuevo hecho, en el cual tiene valor y no por sí mismo" (3). En la crisis mundial de hoy perviven y punzan muchas ilusiones modeladas por quienes nos precedieron, en el tiempo y en la política, con banderas sugestivamente revolucionarias. Sin negar el pasado, negamos que llevasen a buen fin sus más entrañables ensueños. Sobre el foso de su fracaso estamos intentando tender, con riesgos, un puente hacia el futuro. El liberalismo es un punto de referencia discutible, pero irrenunciable como etapa en el proceso histórico, como positivo avance sobre la organización social feudal o absolutista.

Ajenos a las deformaciones de los sectarios liberales y al margen del tópico antiliberal, sin insistir más, por bastante subrayado, sobre la esencialidad del afán de salvaguardar al hombre que trasciende en todo el empeño liberalizador y conscientes de que en la escala de la vida humana es el liberalismo el peldaño inmediatamente anterior al que hoy pisamos, anotemos la necesidad que nos empujó a ascender.

El liberalismo, alimentado en el fondo por un ansia de potenciar y proteger los fueros de la personalidad, usó como remedio la libertad, mas ésta, que conceptualmente es de la opresión antípoda, no siempre es

(3) Benedetto Croce: *Filosofía della Prática*. Bari, 1909.

su antídoto. En el orden económico, y por ende en el social, se vislumbró (el Manifiesto de Marx, 1849, revela ya una ordenación previa de datos reales) que todos los débiles en recursos y energías quedaban, en el seno de un régimen de libertad individual, a merced del fuerte y poderoso. Millares de intelectuales, centenares de miles de artesanos, millones de jornaleros, hundiéronse en la desesperación al comprobar que la libertad, como procedimiento político no dosificado, les privaba de la libertad de subsistir. La vida libre tornábase campo de lucha donde las reservas económicas o la resistencia física decidían la competencia de los pocos de unos hombres frente a los deseos de los otros. El liberalismo incumplía sus razones íntimas, dejando sin contenido práctico las garantías para el desarrollo de la personalidad humana. La reacción antiliberal no se hizo tardar y se llamó marxismo.

Esta fuerza antiliberal ha sido un intento de regresión en la organización de la convivencia humana. Caracterizan al marxismo la dictadura como sistema de gobierno, la violencia como método, la negación del espíritu en el hombre como premisa. Si el liberalismo falló en el logro de sus fines, quedará siempre el perfume de sus aspiraciones en torno a los valores del hombre; en definitiva representa un paso hacia adelante. Pero el marxismo significa la vuelta a la barbarie, la destrucción por efecto de una desilusión popular de todo un lento proceso histórico de superación que comienza en la Era Cristiana; este amargo despertar de los más, aun siendo hondo, debió ser el inicio de una progresiva rectificación, nunca de un vulgar salto atrás.

El liberalismo, roído por los complejos de su ínti-

ma insatisfacción, no acertó a ofrecer un valladar frente a la demoledora acción marxista. Al contrario, insistió en su error de desparramar libertades, exceso de oxígeno que ahogaba a los débiles y disminuía la eficiencia de los resortes estatales o compuertas de la seguridad. Por ejemplo, en el orden mínimo de la práctica constitucional abandonó el turno de los dos partidos en favor de la proliferación de los grupos parlamentarios. Constituía esta práctica una sabia medida para contrapesar entorpecimientos del régimen en sí. Uno de los partidos representaba la inquietud reformadora; el otro la prudencia estabilizadora. Los dos aceptaban el principio del "partido único" gobernante. El que obtenía mayoría electoral gobernaba solo y totalitariamente, sin pactos ni cortapisas, durante los cuatro o seis años de la legislatura. La implacabilidad de ese exclusivismo en afrontar las responsabilidades del Poder llevaba al partido triunfante a no tolerar adversarios ni en los puestos más modestos de la esfera local. De esta manera había plenitud de mando y tiempo mínimo para la gestión pública. El partido vencido no tenía sitio en el Estado, salvo el que se derivaba de un simple derecho de expectativa. La libertad de fundar partidos políticos, así como la libertad de los jefes de Estado de llamar a cualquier político de la mayoría, sin respetar la primacía del *leader*, causó de los fraccionamientos de la misma, acabaron por deshacer una práctica que era sostén de la eficacia y energía imprescindibles en el gobernante. El Estado —débil— terminó por asfixiarse, como un proletario más, entre tantas libertades que favorecían sólo a los poderosos.

En esta situación, el antiliberalismo marxista, con

la huelga general, el atentado y su organización insurreccional, era algo superior a una amenaza para convertirse en la tormenta desencadenada contra una civilización indefensa.

Urgía, siguiendo en la línea de la continuidad histórica, salvar al hombre librándole, en primer término, del retorno a la barbarie absoluta, de la muerte de su espiritualidad, de su inserción en un régimen colectivista mecanizado, del aniquilamiento de las viejas soleras de la personalidad, del triunfo de una dictadura sin trabas cuyo poder tremendo considera enemigos a todas las virtudes individualizadoras. Y había que oponer resistencia al marxismo en el terreno donde presentase batalla. Eligió él —¡cómo no!— su campo predilecto: el de la violencia. Bien a nuestro pesar allí fuimos. José Antonio Primo de Rivera se complació siempre en poner de manifiesto la existencia de un ultimátum marxista, aportando hechos irrefutables, pruebas documentales. Veamos una muestra: “Señores diputados, escúctame: en la noche de anteayer a ayer han sido asesinados en Sevilla dos muchachos de la Falange. Se llamaban Eduardo Rivas y Jerónimo de la Rosa. ¿Señoritos fascistas? El uno un modesto pintor; el otro un humilde estudiante y empleado de ferrocarriles. ¿Se alistaron en la Falange por defender el capitalismo? ¡Qué tenían que ver ellos con el capitalismo! Si acaso padecerían alguno de sus defectos. Se alistaron en la Falange porque se dieron cuenta de que el mundo entero está en una crisis espiritual, de que se ha roto la armonía entre el destino de los hombres y el destino de las colectividades. Ellos dos no eran anarquistas, por consiguiente no estaban conformes en que se sacrificase el destino de la colectivi-

dad al destino del individuo. No eran partidarios de ninguna forma de Estado absorbente y total, por eso no querían que desapareciese el destino individual en el destino colectivo. Creyeron que el modo de recobrar la armonía entre los individuos y las colectividades era este conjunto de lo sindical y lo nacional que se defiende, contra mentiras, contra deformaciones, contra sorderas, en el ideario de la Falange. Y se alistaron a la Falange y salieron hace dos noches a pegar en Sevilla los anuncios de un periódico permitido. Y cuando estaban pegando los anuncios en la pared fueron cazados a mansalva; uno quedó muerto sobre la acera, y el otro murió en el hospital pocas horas después.”

“Aquí tengo, Sr. Ministro de la Gobernación, una publicación no clandestina. Es un libro que se llama *Octubre* y que he podido comprar pagando su precio. En este libro, que no es una publicación clandestina, en la página 160 de ese libro se estampan las conclusiones de la Federación de Juventudes Socialistas.”

“Las conclusiones de las Juventudes Socialistas son éstas: “Por la bolchevización del partido socialista. Expulsión del reformismo. Eliminación del centrismo de los puestos de dirección. Abandono de la II Internacional. Por la transformación de la estructura del partido —escuchad esto— en un sentido centralista y con un aparato ilegal.” “Por la derrota de la burguesía —en la que entráis vosotros— y el triunfo de la revolución bajo la forma de la dictadura proletaria.”

“Este es el tono del movimiento revolucionario que se prepara; esto es lo que se agita cada vez más áspero, cada vez más hostil, cada vez más seco bajo estas

coaliciones, más o menos probables, de los socialistas con los republicanos de izquierda, esto: una dictadura de tipo asiático-ruso, sin el menor resto de aquella emoción sentimental que alentó en sus principios a los movimientos obreros. Esto es lo que se está preparando en España; esto es lo que está rugiendo bajo la indiferencia de España, y en otras muchas provincias de España donde no hay censura, y en otras donde la hay, se publican periódicos comunistas y casi todos los domingos se celebran mítines de propaganda comunista, donde hay puños en alto.”

“Ante todo esto, todos vosotros estáis distraídos y, perdoneme el Sr. Ministro de la Gobernación, la censura cree que cumple con su deber, o el Gobierno delega su deber en la censura haciéndola que tache noticias como esta del asesinato de mis dos magníficos camaradas de Sevilla, que sería muestra para impresionaros a todos, para avisaros a todos de lo que a todos se os va a venir encima. Por eso no reclamo para estos dos camaradas caídos el simple respeto que reclamaría ante cualquier ciudadano, por próximo que me fuera, si hubiera sido asesinado en la calle; reclamo vuestra gratitud y vuestra admiración, porque en medio de la distracción criminal de casi todos están cayendo hombres humildes en la primera línea de fuego, uno tras otro, muriendo uno tras otro para defender a esta España que acaso no merece su sacrificio” (4).

Desde luego, la destrucción del peligro marxista que se cernía sobre el hombre suponía un servicio inmediato a la entera posición cultural sobre la que se

(4) Discurso en el Parlamento, 8 de noviembre de 1935.

asientan las civilizaciones modernas, tan trabajosamente labradas. Sin embargo, tratábase de un esfuerzo negativo, aunque inaplazable. Quedaba en pie la causa, el origen de la pavorosa reacción antiliberal, del marxismo. No se podía hacer caso omiso de la aplastante desilusión popular al no ver al hombre como tal protegido efectivamente por el liberalismo en el orden económico y social. El desequilibrio entre capital y trabajo, la feroz lucha de egoísmos proclamada como reino de la libertad, la ausencia plena de un árbitro o amigable componedor en estas pugnas individuales por inhibición y debilidad del Estado, hicieron que, como en la selva, perviviesen los fuertes y cayesen en la miseria, rabiosamente, millones de seres menos preparados para el combate a vida o muerte. Y el humanismo como esencia liberal quebrada ante tan desoladora realidad. Esta bandera de la defensa del hombre tenía que ser recogida íntegra y mantenida en alto. Para eso surgió la Falange. En su séptima norma fundamental se la ve tomar sin vacilaciones la antorcha del relevo, a fin de proseguir el marathón de la civilización cristiana: "La dignidad humana, la integridad del hombre y su libertad son valores eternos e intangibles." Y con el propósito de garantizar la validez de tan profunda aspiración tuvimos que colocarnos en trance de superar el régimen anterior. La experiencia liberal obligaba a rectificaciones de signo urgente: protección económica y social del hombre mediante agrupaciones profesionales, gremios o sindicatos, con fuerza representativa de los propios interesados; fortalecimiento del Estado a la vista de la lección de los buenos tiempos liberales, consistente en "el partido único" gobernante; establecimiento de una

instancia superior, la del Estado potenciado, para resolver las pugnas individuales.

Deshecho el marxismo y apuntalado el patrimonio cultural heredado, los españoles que hemos vivido este dramático proceso y le resolvimos con originalidad, es decir, a nuestro leal saber y entender, ansiamos ahora proseguir en la búsqueda de medios para salvaguardar la verdadera libertad del hombre y que su hallazgo sea valedero para uno o dos siglos de ascendente progreso. El colosal esfuerzo llevado a cabo contra el antihumano marxismo; la incubación del mismo en las entrañas liberales; la mansa entrega que de sí hacía el liberalismo, arrastrando todos los valores esenciales en un alarde de vejez prematura, han impreso carácter en los españoles que afrontaron la crisis de una añeja civilización tambaleante. En el acervo de las personales experiencias destacan los frutos de muchas ilusiones destrozadas y entre todos esos frutos un "sentido realista" de la política, rastro dolorido de muchas teóricas construcciones liberales derrumbadas fácilmente al primer choque con las complejidades de la vida. Los hombres de la Falange, que han conseguido salvar de la quiebra liberal los valores humanos fundamentales, tienen caudal histórico suficiente para abrir regueras entre los abrojos del porvenir. ¿Qué rasgos trascendentes y característicos aportarán a la obra del mañana? Primero su intuición del tránsito; segundo el desprecio por las fórmulas; tercero la fe en los hombres; cuarto su humanísima preocupación social.

I.º SENTIDO DEL TRÁNSITO.

Nadie en España valoró la importancia del marxismo como reacción antiliberal y regresiva. Creyeron la mayor parte de las gentes que un partido más llegaba al Parlamento republicano. Los hombres de la Falange denunciaron las cargas explosivas y retrógradas del marxismo e hicieron hincapié en que trataba de instaurar subversivamente una tiranía medieval, agravada por un horrendo colectivismo materialista. Negaron la inutilidad del diálogo que ingenuos liberales querían establecer con los marxistas. Parecía imposible que muchos liberales no se diesen cuenta de que al marxismo le interesaba destrozarse precisamente cuanto significase respeto a la personalidad, a la iniciativa privada y a la existencia de una vida del espíritu. La verdad era, también, que las masas hambrientas querían acabar con el mito de una libertad que se vendía como flor de lujo. Los hombres de la Falange, sin intereses materiales propios que defender, por puras preocupaciones espiritualistas, por defender una cultura depurada, aunque con defectuosas manifestaciones políticas, se aprestaron a resistir a la violencia; fueron de los pocos, con tradicionalistas y monárquicos, que vieron cómo un régimen liberal, cuando produce una reacción marxista en su seno, parece inevitablemente y la sociedad cristiana también si no acude a remedios quirúrgicos y a posteriores rectificaciones políticas de fondo. Esta extraordinaria sensibilidad, que les permitió comprender los fenómenos políticos con alcance histórico confirmado, es, asimismo, la que inspiró a los grupos fundadores de la

Falange una modesta apreciación de los resultados que se iban a obtener: suficientes en cuanto libraban a la personalidad humana de su sacrificio en aras de un oscuro colectivismo y de las angustias económicas y sociales del indiferentismo liberal; pero no definitivos, en cuanto la nueva era postliberal necesita un período de reposada incertidumbre, de tranquilo afanarse, para nacer y siluetar su perfil. Ramiro Ledesma Ramos, en la invocación final de su libro *Discurso a las Juventudes* (5), hace solemne declaración sobre esta situación de paso entre dos épocas, con la agudeza de quien sabe perfectamente que su obra trascendental consiste en poner puentes, aunque no sean de plata. Ledesma, al mismo tiempo, confía en que España acierte con las formas políticas del futuro, culminando así la ilusión de unas vidas falangistas tan heroicas como llenas del sentido de transición. Dice de esta manera Ledesma Ramos, resumiendo en pocas líneas el rumbo de su libro, es decir, de su pensamiento: "Han surgido, como hemos visto en Europa, una serie de manifestaciones políticas triunfales. Muchos pretenden que se trata sólo de dos: fascismo y bolchevismo, y no de ninguna otra distinta. No aceptamos tal juicio como verdadero. Esos mismos que tal creen opinan también que el futuro vendrá a ser una pugna o lucha entre esas dos únicas banderas, y que ya en realidad nos encontramos en el seno de esas luchas. Repetimos nuestro juicio adverso."

"Se está operando una transmutación mundial. Signos de ella son el bolchevismo, el fascismo italiano, el racismo socialista alemán y los otros estilos y modos

(5) Publicado en mayo de 1935.

que hemos descrito en las páginas anteriores. Son erupciones, iniciaciones, impregnadas ya de lo que ha de venir, pero cosas nada definitivas, permanentes y conclusas. Y desde luego, tanto el bolchevismo como el fascismo y el racismo, fenómenos nacionales (6) y restringidos, sin envergadura ni profundidad mundial:

“Quizá la voz de España, la presencia de España, cuando se efectúe y logre de un modo pleno, dé a la realidad transmutadora su sentido más perfecto y fértil, las formas que la claven genialmente en las páginas de la Historia universal” (7).

2.º DESPRECIO DE LAS FÓRMULAS.

Cuando el mundo civilizado ha vivido bajo la influencia de una sola fórmula —como ha sucedido con la liberal— y los fracasos o los éxitos de los pueblos acomodados a ella han seguido produciéndose con independencia de “los principios establecidos”, resulta natural que se obtenga la consecuencia que no existen

(6) Para el lector curioso aclararemos que Ledesma Ramos mantiene que “la revolución bolchevique triunfó en Rusia no tanto como revolución propiamente marxista, sino como revolución nacional” (página 136 del *Discurso*, 1.ª edición); que la victoria bolchevique “no es otra que la de haber edificado de veras una patria”; y, por último, que “la Rusia actual no sacrificaría un adarme de sus *intereses nacionales* por incrementar y ayudar una revolución de su mismo signo en una parte cualquiera del globo” (pág. 138). Es decir, alinea a Rusia con los otros fenómenos políticos nuevos, aunque de transición, porque para los bolcheviques “la consigna más interesante es hoy hacer y construir en Rusia una gran nación” (pág. 139, *ibidem*). Así se explica la actual resistencia militar de Rusia que no puede atribuirse a calidades del marxismo, sino a todo lo contrario: a una mística nacionalista a la que ha llegado el pueblo tras arrasar las condiciones de una vida feudal, pre nacional.

(7) Págs. 221-222, *Discurso a las Juventudes*.

recetas políticas de salvación. He aquí el motivo que impulsó e impulsará a los hombres de la Falange a "estar de vuelta" de los ensayos ideológicos. En el fondo de este sano realismo político hay difuso un escepticismo, cada día más útil, sobre las doctrinas políticas. Lo importante será, siempre, mantener en alto los tres o cuatro valores absolutos que caracterizan una cultura, en nuestro caso la cristiana, pero los procedimientos para mejor servirles no pueden estar sometidos a reglas fijas o a fórmulas cuyos ingredientes aparezcan matemáticamente dosificados. Recojamos de Onésimo Redondo (8) algunas de las conclusiones de este sentimiento iconoclasta de las fórmulas: "Nuestra juventud debe abstenerse de confiar en un nuevo recetario, provisto de un rótulo mundial, que sirva para curarlo todo. Eso es indigno de las inteligencias libres, humillante para los pueblos que se someten a tales agitaciones incultas y gravemente injurioso para el Poder equilibrado, la superioridad crítica y el valor ecuménico y eterno que caracteriza a la cultura española."

"El culto a las fórmulas, es decir, la fe en el poder taumatúrgico de las leyes o sistemas escritos y de las novedades que alcanzan un nombre y un rango de gran actualidad, es correlativo, en la historia de las ideas políticas, a la sustitución de las verdades religioso-filosóficas por las hipótesis." "Esa veneración por los sistemas, gritos o novedades en forma de programas revolucionarios —fórmulas— se ha apoderado, tan triunfal como desdichadamente, de la ilusión

(8) *El Estado Nacional*, págs. 102, 103, 104, 106, 108.

mesianica radicada siempre en el alma de las muchedumbres.”

“Cuando el pueblo iluso se va detrás de un “mesías-fórmula” entrega el Poder gratuitamente a quienes saben vestirse a tiempo de un determinado color. Y es ley de vida que los desaprensivos, los traidores, los vagos, acaparen toda oportunidad de cazar el mando a tan poca costa. Con lo cual el pueblo viene a caer, fatalmente, en las manos de los peores.” “Mas no se crea que este fenómeno de la “selección al revés” es una simple casualidad de la que salen responsables los contados momentos de ofuscación porque puede pasar una colectividad. No; el mal está en la raíz del sistema. De un sistema político que sitúa a la fuente de la salud popular en las teorías y no en la conducta de los hombres. De un monstruoso sistema de elección que distingue a las personas por lo que se llama “ideología” sin fijarse en las actitudes ni en la moral.”

“Librémonos de la servidumbre de las fórmulas. Nada de introducir y copiar; lo que ocurre fuera es bueno para aprender y malo para importarlo.” “Ningún régimen, ni el más prestigioso en cada momento histórico, tiene un recetario dogmático y de organización preparado para la exportación. Cuando unos hombres aciertan a dotar a su patria de instituciones en algún modo nuevas, cooperan al éxito tanto o más que los principios y las leyes en que éstos se traducen, los hábitos sociales transformados al unísono de las leyes y la potencia personal de los reformadores: una y otra cosa no se plasman en fórmulas escritas, y menos pueden trasplantarse a otros climas sociales e históricos —a otros pueblos—, encomendando su cultivo a distintos hombres. Cuando ese trasplante se efec-

túa, los ejemplares importados vienen ya marchitos: traen la etiqueta de la novedad, pero lo cierto es que entran ya muertos o moribundos. Porque la política es esencialmente arte de cada día y la experiencia prima que debe aleccionar lo mismo a los gobernantes que a los conductores de multitudes es la del propio suelo. Cada nación, como cada enfermo, tiene su diagnóstico y le tiene también cada momento nacional."

3." FE EN LOS HOMBRES

En este rasgo cristaliza ese ansia, flotante de siglo en siglo, cuyo objetivo último consiste en asegurar al hombre el rango mínimo que le corresponde en su paso por la tierra, ilusión dinámica que aparece como denominador común de todos los grandes movimientos políticos progresivos, así encadenados por los eslabones de un eterno humanismo.

Los hombres de la Falange se han sentido siempre Cruzados ante la horda, ante las avasalladoras tendencias gregarias del marxismo, y su gesto de "defensores de la personalidad en última instancia" encontró respaldo en la creencia de que el verdadero fin del Estado es el de garantizar la realización del destino personal de cada hombre y del destino nacional como proyección, en lo universal, de unos hombres agrupados por profundas razones históricas.

Incurrirá en frivolidad quien sostenga que los grupos iniciadores de la Falange —en su mayoría universitarios y, por más señas, angustiados del incierto porvenir de una cultura en peligro— proyectaron un Estado deificado. Un texto de Onésimo Redondo, es-

crito el 3 de abril de 1933, prueba, entre tantos, que no deseábamos ningún panteísmo de Estado ni nos eran gratas otras fórmulas menores: "Nuestra originalidad y nuestra firme doctrina radica en esto: en que no oponemos a la moribunda ideología francesa, falsamente llamada de libertad y democracia, una posición autocrática en que el individuo se sienta absorbido por el Estado, esto es, sujeto en su libre desenvolvimiento al capricho del partido dominante; no. Mienten los que nos llaman fascistas, como se engaña quien entienda que el movimiento nacional tiene simpatías por una situación absolutista cualquiera, por ejemplo, la derivada de un predominio militar. Como no somos partidarios de la tiranía hipócrita del Parlamento ni de la sucia arbitrariedad de los marxistas, tampoco clamamos por un régimen unilateral de fuerza, de los llamados derechistas, en que *el hecho* del mando guíe la definición de los derechos de individuos y grupos sociales en el Estado" (9). Y por si alguno leyere todavía con reservas mentales, medite —; oh calidad de nuestro esfuerzo por salvar del marxismo cuanto en el ocaso liberal había de trascendente!— sobre las rotundas afirmaciones del mismo Onésimo Redondo que a renglón seguido transcribimos: "No se puede negar, sin caer en la negación del hombre como ser libre y responsable, que éste posee una zona de facultades propias que el Poder público no está llamado a invadir; un conjunto de prerrogativas civiles que son anejas a su dignidad natural, y un derecho solidario a ser gobernado en justicia. Si este derecho y esas prerrogativas y facultades se quieren llamar

(9) *El Estado Nacional*, pág. 125.

libertades, o derechos individuales, concluyamos que nuestro ideal, abominando de la superstición funesta y mentirosa de los Derechos del Hombre, sabe no obstante que el individuo, como la familia, tienen derechos naturales no frente al Estado, pero sí ante el Poder del Estado." "La garantía de las libertades justas y los derechos necesarios de las personas y las familias no se entiende, pues, frente al Estado, sino ante el Poder del Estado, o mejor, ante las personas que en un momento dado le representan" (10).

De modo tan especial valorábamos al hombre —y en este sentido aun alcanzaremos grados afinadísimos de estimación y sensibilidad por la veta de nuestro catolicismo— que nunca se aceptó que unas reglas fijas o algunas recetas invariables sirvieran para encauzar a los hombres como si fuesen máquinas o elementos químicos. Sólo los hombres pueden gobernar hombres. Con fórmulas decantadas e ideologías pulcras han perecido muchos pueblos cuya clase dirigente no era capaz; y con regímenes imperfectos otras naciones se han engrandecido porque sus gobernantes tenían excepcionales calidades. ¿Va a entregarse el mundo otra vez a la alquimia política? ¿Seguirá prevaleciendo la fe en los remedios taumatúrgicos? Quienes respeten al hombre tendrán que ofrecerle unos hombres preparados para su mejor gobierno. El ciudadano de hoy y de mañana no deberá preguntar con respecto al político "qué ideología tiene", sino "quién es". ¡Frente al mito de las etiquetas, la fe en los hombres!

(10) *El Estado Nacional*, pág. 136, publicado por primera vez como artículo el 15 de mayo de 1933.

4.º HUMANÍSIMA PREOCUPACIÓN SOCIAL.

El cáncer marxista ha respondido a unos fallos graves del liberalismo. No hay nadie que discuta esta sencilla afirmación. Pero lo más importante es que esos fallos equivalen a la quiebra de los principios y formas políticas que se definieron como típicas del régimen liberal. En la libertad plena perecen todos menos los fuertes; entonces, los débiles se asocian para imponerse mayoritariamente o por las vías de la sorpresa insurreccional y deciden suprimir de raíz una libertad que supone su muerte. Este es el proceso del liberalismo al marxismo, ya repetidamente experimentado. Y cuantos en el liberalismo veían un afán de defender al hombre, superando las arcaicas organizaciones feudales y absolutistas, tienen que reconocer, si son sinceros, que un régimen cuyo funcionamiento supone una "lucha libre" y la diaria derrota de millares de seres humanos, precisamente de los más desgraciados, tiene poco de humanitario.

Los hombres de la Falange tuvieron que hacer frente al marxismo ya crecido y desbocado, evitando el colectivismo materialista, negación absoluta de la libertad, y mediante un fortalecimiento del Estado lograr su intervención en la vida social y económica al objeto de asegurar a cada hombre una esfera propia de posibilidades vitales. Por consiguiente, a fuer de comprensivos con los problemas humanos, hemos tenido que ser justicieros y sociales por las únicas vías eficaces: la renuncia a la inhibición estatal, por un lado, y el planteamiento, por otro, de unas defensas orgánicas para todo hombre, es decir, familia, muni-

cipio y gremio profesional, con fueros propios y bastantes. En este sentido las rectificaciones están a la orden del día: en la Carta del Atlántico se han recogido los exigentes deseos de justicia social que tienen las masas con la formulación de una nueva libertad, "libertad frente a la necesidad"; sin embargo, garantizar el disfrute mínimo en unos bienes materiales y espirituales a cada hombre supone una regulación minuciosa de la vida que nada tiene que ver con la libertad del liberalismo.

* * *

En los rasgos dominantes que caracterizan a quienes, desde sus principios, han vivido la Falange al margen del tópico callejero y por encima de las circunstancias pasajeras, puede apreciarse que dibujan un estado de ánimo embargado por el cuidado de una más justa estimación del hombre, al que se debe ofrecer mayor abundancia de medios para cumplir con decoro su destino. Esta actitud fué en el fondo la que interpretaron los viejos liberales hasta que su régimen descubrió defectos y originó males. Vencedores del marxismo, nosotros somos auténticos superadores del liberalismo. Entre el ayer completamente agotado y el mañana, la Falange ha construído en España un punto de apoyo adelantado, desde donde saltarán hacia el futuro, en busca de expresión definitiva, los valores supervivientes de una cultura esencialmente cristiana, aunque demasiado sometida a las torturas de las formas y las fórmulas en los almireces de los implacables teorizantes de cada siglo.

JAVIER M. DE BEDOYA.